ROJO Y BLANCO

SUMARIO

Año II número 5

DORNALECHE Y REYES
Editores.

ACTUALIDADES EXTRANJERAS

El fallecimiento de la Reina Victoria

Cumpliendo con nuestro deber de información, dedicamos hoy casi por completo esta sección á interesantes datos sobre la Reina Victoria, cuyo fallecimiento lamenta el mundo entero.



La reina Victoria á los 25 años de su reinado

Biografía de la Reina Victoria

La Reina Victoria nació en Lóndres el 24 de Mayo de 1819, de Eduardo, duque de Kent y de Luisa Victoria, princesa de Sajonia Coburgo. Al morir el duque de Kent, del que era hija única, fué la heredera del trono de Inglaterra, ocupado entonces por su tío Guillermo IV.

La duquesa de Northumberland fué la encargada de dirigir la educación de la joven princesa y cuando esta fué mayor de edad, Guillermo IV designó á lord Melbourne para que la iniciara en los mecanismos de la constitución inglesa.

El 20 de Junio de 1837, Victoria sucedió á su tío en el trono, por fallecimiento de aquel y el día 28 del mismo mes fué solemnemente coronada en Westminster.



La Reina Vicloria á los 50 años de su reinado

Su matrimonio

En seguida de su exaltación al trono, la reina recibió de todos los puntos de Europa un gran número de pretendientes que venían á solicitar la mano de la *Rosa de Inglaterra*, como la llamó entonces la galantería británica. La elección fluctuó por algún tiempo entre el duque de Nemours, de la familia de Orleans, y el príncipe Alberto, su pariente, de la casa Sajonia Coburgo. Se decidió por fin en favor del último, por el cual ella sentía, según se dijo, la más viva afección,

Sigue en otra página.

VINOS

CAMPISTEGUY



DAMAJUANA DE 10 LITROS, 1.50



DOCENA, 1.80

CALLE COLONIA, 96

Teléfonos: LAS DOS COMPAÑÍAS



Eduardo VII Rey de Inglaterra

desposándose con él el 10 de Febrero del año 1840.

La Reina Victoria, además de haber satisfecho su natural inclinación, había efectuado al mismo tiempo una elección muy sabia desde el punto de vista político. El Príncipe Alberto era un joven de bella fisonomía y tenía la misma edad que la reina.

Hermano del duque Ernesto II, príncipe de Sajonia Coburgo-Gotha, había sido relegado en la gerarquía de los tronos á un grado inferior y no hubiera podido ejercer sobre la reina ninguna influencia exterior, así que esta fué dominante y positiva como es el carácter inglés, porque verificó un casamiento más práctico que ruidoso; tomó un esposo hecho á su propia imagen, para ser reina, para ser feliz y para ser madre; y durante su reinado ha dado á la Inglaterra constantes ejemplos de todas las virtudes domésticas.

El título de emperatriz

En el mes de Marzo de 1876 la Reina Victoria tuvo la singular idea de pedir al parlamento, por medio del ministro Disraeli y Derby que se votara en su favor un nuevo título, el de emperatriz. Esa solicitud excitó un vivo descontento en la parte más elevada de la nación y numerosos *meetings* se produjeron para protestar contra ese título.

A pesar de eso la mayoría de la cámara de los comunes consintió en votar el *bill*, el 20 de Marzo y la cámara de los lores hizo lo mismo el 7 de Abril. Durante ese tiempo la Reina Victoria hizo un viaje á Alemania, á Baden-Baden, á Coburgo ,y recibió la visita de la soberanía de ese país y de la princesa Victoria, volviendo luego á Lóndres, para recibir al príncipe de Gales que, el cinco de Mayo, estaba de regreso de su viaje á la India.

Los atentados contra la Reina

El 28 de Febrero, después de haber recibido el cuerpo diplomático y de haber efectuado un paseo, cuando estaba por entrar en la residencia de Buckingham, un individuo llamado O'Connor disparó sobre ella dos tiros de pistola sin lograr herirla. En 1838, dos individuos trataron de asesinarla, el uno intentando introducirse de noche en el palacio de Buckingham, y el otro en el de Windsor.

El 11 de Junio de 1840, en Constitutión Hill, en el momento que la reina volvía de su paseo habitual, acompañada del príncipe Alberto, se libró de dos tiros de pistola.

Sigue en otra página.

En Diciembre de 1840, un joven de 17 años, que quiso atentar contra sus días, fué descubierto bajo un sofá en el gabinete de *toilette* de la reina; por fin el 27 de Junio de 1850, estando acompañada de tres de sus hijos, fué brutalmente golpeada en la cabeza con un bastón.

Todos esos individuos fueron condenados no como regicidas, sinó como locos, y encerrados en Betlham.



Actual Príncipe de Gales

La reforma económica

Al advenimiento de la reina Victoria, los nobles poseían en Inglaterra las dos terceras partes del suelo y, con los títulos, habían acaparado todas las dignidades del Estado para exitar el advenimiento de otras clases, lo cual se hubiese favorecido por la subdivisión de la propiedad, habían comprado los bienes de los pequeños propietarios rurales. Era necesario ponerse en guardia contra la tormenta democrática, próxima á estallar: entonces entraron en acción los primeros ministros de Victoria.

En 1846 aseguraron el triunfo del Libre Cambio, á pesar de la vigorosa oposición de la Cámara de los Lores que encontraban en las tarifas de las aduanas la protección que les era necesaria para continuar vendiendo á altos precios los productos de sus tierras con perjuicio de la población. Desde entonces, la emancipación económica de la nación, su prosperidad y la de sus numerosas colonias estaban aseguradas.



La Reina Alejandra y su hija Victoria

Reforma electoral

En 1867 la reforma electoral en las pequeñas circunscripciones preparaba el advenimiento de la democracia y la extensión de esta reforma á los condados, en 1884, le entregaba el poder de una manera definitiva y en propia mano. La evolución de la Constitución ha sido así natural. Tal como se halla actualmente está lejos de ser perfecta, pues la influencia de la nobleza continúa siendo enorme, pero así y todo, dadas las condiciones admirables del pueblo inglés, ha favorecido el desenvolvimiento nacional; la población británica se ha duplicado, y desborda derramándose en todas las colonias del imperio. Australia, Canadá, India, África del Sur, fecundadas por su iniciativa y por su actividad infatigable.

Sigue en otra página.

NUESTROS COLEGIOS UNIVERSITARIOS [MÁS IMPORTANTES

INSTITUTO UNIVERSAL Y LICEO FRANCO URUGUAYO



AGUSTIN M. VÁZQUEZ
Director

Estos reputadísimos establecimientos de enseñanza, cuyos exámenes finales acaba de presenciar numeroso público, y por los cuales se ha palpado la excelente organización y disciplina, que con tanta justicia los coloca entre las Instituciones de primera fila, nos han enviado la circular que á continuación transcribimos, en la cual como se ve, tanto el Instituto Universal dirigido por el conocido educacionista don Agustín M. Vázquez, y el Liceo Franco Uruguayo, por su esposa doña María I. de Vázquez, se prometen para el año que se inaugura nuevos y no menos honrosos triunfos.

Y á estar á los antecedentes de esos dos Centros educacionales, son bien legítimas y explicables esas esperanzas, pues en los 16 años de existencia que llevan, su labor ha sido por demás propicia y beneficiosa.



Frente del Establecimiento. — Calle Uruguay, núms. 283 al 291

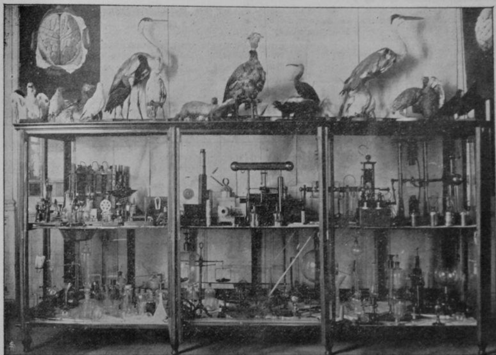
Muchos de los jóvenes que hoy se destacan en las contiendas de nuestra intelectualidad son casi puede decirse, obra del Instituto Universal. Bástenos con citar como ejemplo demostrativo de nuestra afirmación, á los doctores Ciganda, Alburquerque, Vero, Areco, Accinelli, Vázquez Ranón, é ingenieros Silvestre, Mato, etc.

Muy estimado Señor:

Aprovechando la circunstancia de la reapertura de las clases de los Colegios de mi propiedad (15 de Enero del corriente año) he querido tener la satisfacción de dirijir á Vd. la presente circular, cuya lectura agradézcole desde ya.

No está en la mente del que suscribe dirijir á los padres elogios de sus Establecimientos ni hablarles de sus condiciones etc. etc., en primer lugar, porque bien conocidos son ya, no solo en esta capital sinó en toda la República; y luego, porque todo lo que se dijera de ellos, como de su severa disciplina é inmejorable organización, no sería más que abundar en detalles que son del dominio público. Me limitaré simplemente á recordar á Vd. el éxito que han alcanzado ambos Centros en los exámenes de fin de año, tanto en los Cursos Universitarios como en las Clases Elementales. Una prueba de ello, elocuente por demás, es la confesión que el infrascripto hace, y con orgullo legítimo, de que nunca estos Colegios, en los muchos años de existencia que llevan, obtuvieron resultados tan brillantes, pues de los 150 estudiantes que rindieron exámenes en la Universidad, 141 han aprobado sus asignaturas con las más halagadoras clasificaciones. La Clase de Maestros que ha funcionado durante el mismo año tuvo 32 alumnos aprobados de 1.° y 2.° Grado.

Las Clases Elementales y las de Adorno, Dibujo, Pintura, Piano, Mandolino, Violín, Guitarra, etc., á cargo de distinguidos y reputados profesores, merecieron todas por parte del Tribunal Examinador la honrosa clasificación de sobresalientes. La sola enunciación de los nombres de los distinguidos educacionistas que compusieron dicho Tribunal demostrará cumplidamente á Vd. la imparcialidad y la competencia indiscutible de su juicio. Fueron los señores: Dr. Pereira Núñez, Urbano Chucarro, Tomás Claramunt, Francisco Vázquez Cores, Jaime Barceló, Faustino Laso, Juan B. Garicoitz, Juan José Pérez, Miguel Bajac, José Plá, Severiano Oléa, Julián O. Miranda, T.te Carbonell y Vives, y S.tas Aurelia Viera, Josefa Guerra, Dominga Irigaray, Ida Negrón, y Carlota Toledo.



La Dirección de estos Centros tiene por norma elejir siempre su personal docente, de modo que reuna las mejores condiciones morales é intelectuales, y hoy puedo asegurar á Vd. que mis profesores, bien remunerados y atendidos, cual corresponde á la alta misión que desempeñan, secundan cumplida y satisfactoriamente mis esfuerzos.

Cuento además con uno de los mejores edificios que para establecimientos de esta índole pueden encontrarse en esta capital, y me he esforzado especialmente por colocar mis Establecimientos á la altura de los mejor montados de esta República, dotándolos para ello de ricos Museos de Historia Natural, Gabinetes de Física y Química, selectas bibliotecas, etc., etc.

Réstame advertir á Vd. que el plazo para obtener la matrícula reglamentaria en nuestra Universidad vence indefectiblemente el día 31 del actual, y que, por lo tanto, los estudiantes que desearen ser inscriptos como tales por estos Centros deben avisarlo á esta Dirección con diez ó quince días de anticipación, especificando clara y detalladamente las asignaturas cuya matrícula haya de solicitarse.

Cúmpleme ofrecer á Vd. una vez más las seguridades de mi mayor estima y consideración.

Agustín M. Vázquez.

NOTA IMPORTANTE.—Hago notar á Vd., especialmente, que solo los Colegios de mi propiedad y el Universitario, son los únicos que tienen el privilegio de reglamentar sus alumnos en la Universidad de la República, privilegio éste, cuya beneficiosidad para los estudiantes resalta por si sola y que me evita por lo tanto, todo comentario al respecto.

Expansión territorial

Antes que la reina Victoria ocupara el trono, el dominio imperial del Reino Unido era ya enorme; á excepción del África, era el mismo de hoy, pero desconocido y despoblado y de lealtad dudosa.

La expansión territorial bajo Victoria, ha tenido por teatro principal el África. Hoy la Unión Jack, flota del Cabo al Zambese y, á excepción de los territorios de las repúblicas que luchan actualmente por su independencia, todo el Sud de África está sometido á la ley inglesa.

De Zanzibar á Ouganda y á las fuentes del Nilo se extiende el África Oriental británica. Por fin, Victoria reinaba sobre un vasto dominio entre la cuenca del Niger y el África occidental. El sueño de los imperialistas ha sido poner en comunicación el Cabo con el Cairo.

Sobre todo lo más que ha ganado Inglaterra en materia colonial durante este reinado, es en la fidelidad de su vasto imperio gracias á las doctrinas liberales de gobierno colonial, tan felizmente puesto en ensayo en el Canadá.

En los dos planos que acompañan á estos datos, puede verse con toda claridad el aumento de territorio de Inglaterra, desde el año 1837 al 1897.

Las partes de los mapas llenadas con negro son las pertenecientes al imperio británico.



El castillo donde murió la Reina

Los parentescos de la Reina

El fallecimiento de la Reina Victoria enluta las más poderosas cortes de Europa, á cuyos soberanos estaba ligada por estrechos lazos de parentesco.

La de Alemania, en primer término, por ser nieto de la reina fallecida el Emperador Guillermo II, hijo de la emperatriz Federico, primogénita de Victoria I.

Viene en seguida la de Dinamarca, por estar casada una hija del príncipe de Gales con el príncipe Carlos de Dinamarca.

La de Sajonia Coburgo Gotha, donde reina su nieto el duque de Albany.

La corte de Rusia, la de Hesse y las de otros estados alemanes, también se enlutarán con el fallecimiento de la reina, vigoroso tronco de donde han nacido distintas generaciones de príncipes y reyes.

Datos interesantes

La Reina Victoria, desde su juventud más tierna, se ha manifestado siempre llena de la fe religiosa más profunda.

Era tan devota como el más humilde súbdito y sus preferencias con la forma del servicio divino de la iglesia episcopal anglicana se inclinaba más bien hacia el *High Church* moderado.

Había manifestado siempre un cuidado especial en la elección y nombramiento de sus capellanes de la corte cuyos sermones eran objeto de un interés sincero por parte de Su Magestad.

Sobre todo en las capillas de Balmoral y Osborne, la Reina Victoria solía siempre tener como capellanes á predicadores de una alta reputación en la iglesia episcopal.

En todas las discusiones sobre la forma de servicio divino en la iglesia nacional, Su Majestad no desperdiciaba la menor ocasión de ser tenida al corriente so-

Sigue en otra página.



El imperio británico en 1837

bre el debate más mínimo y el folleto más insignificante, no dejando jamás de dar á conocer cuan adversaria era de la polémica pública sobre asuntos referentes á su iglesia.

Así también se recordará la actitud de la Reina Victoria cuando la publicación del famoso folleto de Mr. Gladstone sobre el Papado...

En el servicio divino á que asistía Su Majestad solía iempre manifestar una atención preferente por el canto de los himnos y salmos, á la vez qne en la selección de los trozos y su buena elección musical.

De los oratorios y misas prefería los de Handel, Bach y Mozart, no despreciando tampoco ciertas obras de música sagrada compuestas por el maestro Gounod durante su última estadía en Lóndres (1874).

En los primeros sesenta años de su reinado sus himnos favoritos fueron el tan hermoso como popular «Nearer My God to Thee». (Más cerca de Tí, Dios mío), «Jesús, Lover of my Soul» (Jesús, amante de mi alma) y

Sigue en otra página.



El imperio británico en 1897

«How Success the Name of Jesús sounds». (Cuán dulce suena el nombre de Jesús).

Pero durante los últimos años transcurridos la Reina Victoria se estaba inclinando ya hacia los himnos relacionados con la vida de ultratumba, que expresaban marcadamente una tendencia hacia la resignación. Y entre estos últimos debemos recordar á dos himnos que mandaba pedir se cantasen cuando asistía al sermón de alguna de sus capillas reales: la bella y cadenciosa composición del obispo Heber «Hark Hark! My Soul» (Escucha, escucha mi alma) y «Wake for the night is flying». (Despertad, pues la noche transcurre rápidamente).

Y Victoria no sólo los escuchaba con atención, sinó que á veces la voz de la anciana soberana, que había sido de gran potencia y mérito artístico durante los primeros treinta años de su vida, se mezclaba dulcemente con las del coro, dejando bastante impresionada á toda la congregación que asistía á dicho acto religioso.

Correo Administrativo

M. C.—Paysandú.—Recibimos importe de suscripciones por Diciembre.

A. *O. G.*—Paso de los Toros.—De acuerdo con su última liquidación recibimos su importe.

J. M. M.—San José.—Recibimos importe de sus suscripciones por Noviembre y Diciembre.

M. P.—Nico Pérez.—Recibimos giro por saldo de sus dos cuentas. Queda atendido su pedido.

M. B.—Florida.—Recibimos importe de su liquidación de Diciembre.

B. M.—Minas.—Recibimos 20 pesos a/c. En esta semana le enviamos la liquidación.

S. A. *G.*—Trinidad.—Recibimos importe de su cuenta hasta Diciembre.

V. B.—Sarandí Grande.—De acuerdo con su última liquidación recibimos su importe.

B. J. y S.—Colonia.—Recibimos giros valor 24.45; va liquidación pedida.

M. B.—Dolores.—Recibimos liquidación y su importe hasta Diciembre.

A. *B.*—Canelones.—Queda chancelada su cuenta hasta Diciembre pasado.

SECCION AMENA

Por encontrarse enfermo el señor Blas Mil, nos hemos visto obligados á suprimir la sección que tiene á su cargo.

Para el próximo número reaparecerá, sépanlo así los numerosos colaboradores de la *Sección Amena*.

Rojo y Blanco

SEMANARIO ILUSTRADO

DORNALECHE Y REYES
EDITORES

ADMINISTRACIÓN:
CALLE 18 DE JULIO, 77 Y 79

SAMUEL BLIXÉN
DIRECTOR

Año II — MONTEVIDEO, ENERO 27 DE 1901 — Número 5

El poema del niño

LA NOCHE

«¡Soy feliz! —¡Mi hijo ríe!» — De cierto este grito que canta luz os descubre las jubilosas claridades de un espíritu como asoleado con sol nuevo de contento matinal, hermosa visión de alegría que llama á vivir. Es que el niño derrama confiado la dorada pedrería del placer que fulgura expansiva en el alma, como el rubio vino espumoso en su transparente nido de cristal.

Pero esa mañana de cantos tiene su noche de horas inquietas y silencios largos: las sombras de aquella luz tan intensas como viva es la claridad de que nacen; las sombras del dolor, que se proyectan sobre el alma cruzándola de lutos. Es que el niño la oprime al aferrarse á ella temeroso de que lo lleven muy lejos en la oscuridad los fantasmas lívidos que se han alzado de pronto al pie de su cuna.



Es que así como los niños hacen girar con un leve empuje de sus manitas el astro de la alegría en los espacios del cielo, así, tan débiles, tan mórbidos, tan blancos, copos de vida que caen dormidos, cuando han llegado las horas malas estrujan y tuercen como con garras de titán los corazones fuertes, los corazones viejos y los corazones frívolos; omnipotentes con el dolor como invencibles con el placer.

Unos ojos que se entristecen, una cabecita que se abate, un gesto extraño en la boca de las ingenuas sonrisas, y ya el crepúsculo ha caído de pronto y ya cunden lobregueces por la casa, invadiéndola como sombras de crespón.

Entonces, en la primera rebelión contra el sufrimiento que se acerca brutal y despótico, los espíritus amenazados, sacudiéndose bajo el yugo de la angustia se lanzan al desahogo de los reproches.

—¡Es claro! El chiquito salió esta mañana desabrigado... Descuidos que se pagan caros.

—Pero si ayer tú mismo lo notaste ya decaído y con tos...

—Bueno; es lo mismo; consecuencia de no cerrar esa maldita puerta cada vez que se pasa.

—Tú fuiste quien se olvidó de cerrarla al pasar.

—¿Yo?... Es lo mismo; razón de más para que hubieras cuidado tú de no poner el chiquito en la corriente de aire.

—Es claro; yo soy siempre la que tiene la culpa...

—No; si no es cosa para llorar; lo que sí, que un descuido... En fin, veremos qué dice el mé dico.

¡La desazón del primer momento, que hace injustos y agresivos á los que van á sufrir! Pero luego la angustia común se impone, restablécese el equilibrio, y los espíritus, unidos por las manos juntas, se dirigen al encuentro del fantasma de la muerte, según la gráfica expresión de Salvador Farina.

El fantasma aparece y se desvanece rápido en las tristezas de la noche, esas noches del niño enfermo, todas iguales y todas terribles, que cuando van descendiendo oprimen y acongojan el ánimo como una sombría amenaza.

La pieza á media luz, casi oscura, llena de pesado silencio; la silueta del médico que se va siempre demasiado pronto, como si le inquietara permanecer allí, y que, ya en la puerta, dice por toda contestación á la ardiente demanda de los ojos: «Mañana veremos, mañana veremos;» después, el continuo monólogo de la lamparilla que vela resignada y melancólica, evocando apenas la imagen de la madre, sentada junto á la cuna mirando fijo la cosita enferma que yace oculta entre las cortinas; de rato en rato, algunas palabras opacas que caen al suelo sin vibración; el reflejo de una cucharilla, y, allá en la cómoda, el horrible rótulo de los frascos de remedio: «Una cucharadita cada

dos horas.» De pronto un flébil quejido, un movimiento en la cuna: el niño que sufre.

¡Oh, esa infinita escala de los sufrimientos de los niños, que no pueden decir lo que sienten, que creerán una crueldad de alguien el hacerles sufrir, tan chiquitos, tan inocentes!

No hay, es indudable, ni en la vida ni en el arte, espectáculo ó escena que dé tan clara, tan pura la noción del dolor, del dolor íntimo y grande, como la da un pequeñuelo que sufre, porque al sufrimiento en sí mismo se une lo injusto del sufrimiento, cebándose en aquellos seres que nada han hecho para merecerlo; que parece deben preguntarse en su aflicción por qué los castigan así...

Si pensáis en cualquiera de las manifestaciones de esa que, sea cual sea vuestra facultad de resignación ante los divinos designios, siempre os parecerá inicua injusticia al sentir la garra del tormento clavarse en vuestra alma, advertiréis que á la variedad de esas manifestaciones responde en el corazón un solo sentimiento de uniforme intensidad: el de la infinita lástima por el parvulillo maltratado, que apenas tiene un infantil quejido para enrostrar á la muerte su crueldad.

Pensad en el niño que se demacra, mostrando en su pequeña cara envejecida sombras que os hacen sentir el frío de la gran noche cercana; en el niño que se amodorra, doblando la cabecita rubia como una flor que va á morir; en el niño que se queja como una avecilla doliente, con quejido igual y continuo, ese quejido que se siente todavía como una punzada en las horas de atormentado sueño; en el niño que se abrasa con la fiebre y cuya carne no quisierais tocar ni sentir, porque sentís, al tocarla, circular implacable el mal bajo la epidermis; en el niño que se ahoga, en fin, y que os pide aire sin que podáis darle todo el que alimenta vuestros pulmones para que no agite los bracitos como un náufrago de la cuna... Pensad en esto y comprenderéis el llanto, la explosión de las lágrimas en todos los pechos, si no han de romperse en pedazos.

Mientras tanto la noche sigue corriendo como un paño negro que alguien arrastra silenciosamente. El fantasma pálido se aleja dejando nacer como enfermizos brotes las falsas alegrías de la forzada ilusión: un caprichoso y traidor descenso del termómetro, ese inexorable termómetro cuya columna acerada y fría parece punzaros en la médula cuando asciende y asciende sin piedad, diciendo con su helada indiferencia: «Se muere...»; las repentinas mejorías, las mejorías pérfidas, que levantan de pronto al enfermito, que le hacen reir y jugar, y con las cuales se engaña el espíritu ansioso de esperanza, sin creer en ellas, sintiendo á su pesar todo lo falso de aquella nerviosa alegría del niño, todo lo extraño de aquella cálida brillantez de la mirada.

Entonces es cuando se suele ver á un desgraciado que tiene adentro deshecha el alma, bailar, cantar, hacer el payaso, proyectando sombras deformes y locas en la penumbra de las paredes, á fin de conservar un momento aquella falaz alegría del pequeñito enfermo, yendo luego á ocultarse en la pieza lejana que no cuenta lo que ve, que no dice á nadie que el improvisado saltimbanqui ha ido allí á desahogar la opresión de las lágrimas en un estallido de sollozos.

....

....

La noche sigue pasando, la noche del dormitorio á media luz, con su pesado silencio y sus andares mudos; la silueta de la madre siempre junto al pequeño lecho, destacándose como una pálida visión de doliente entereza en la dolorida penumbra; de cuando en cuando el plañidero canto de las horas que se van como centinelas que han hecho su guardia y se alejan entre las sombras sin volver la cabeza; más tarde débiles ecos del toque de diana en un cuartel lejano; campanadas humildes llamando tímidamente á misa; y, por fin, la madrugada; los primeros tintes de acero blanco de la aurora, que asoman á la pieza denunciando en todo, en las caras, en los objetos, en las ropas, el agitado cansancio del insomnio: la desolada aurora de las noches tristes con sus livideces que dan frío; el amanecer severo y enigmático, cuyas claridades, antes que una sonrisa del día, parecen una mueca de la noche al expirar, de la noche que se ha puesto pálida, también, con el insomnio y la agonía y el espectáculo del niño que sufre allá en el dormitorio á media luz.

Arturo Giménez Pastor.





Angelus

I

Las horas de las tiernas confidencias.
....
Los genios de las tardes
Sobre sus arpas apoyados lloran;
El astro de los días, lentamente
Hacia su ocaso baja;
Como buscando el fondo de su nido
Va el ave fatigada.

Del ocaso se apaga tristemente
La púrpura encendida:
Sobre el tibio sepulcro de las tardes
Las rosas se marchitan.

Las sombras se levantan sigilosas
Trayendo obscuridad bajo sus alas;
Borrando los colores,
Ahuyentando las formas que se agrupan
En sueños negros y visiones vagas.

En cada eco se sorprende un ritmo;
En el ritmo el fragmento de un poema,
Los salmos de un crepúsculo que muere,
Los ecos de un concierto que se aleja,
Cien arpas que enmudecen,
Cien ruidos que se acallan,
Temblorosos vagando por los aires
Como del niño la primer plegaria.

Allá lejos, pupilas que despiertan
Con miradas de luz;
Blandones del altar del infinito
Que silenciosos arden
En el extenso azul.

Apoyadas en alas temblorosas
Teñidas de arrebol,
En leda tropa de los cielos bajan
Meditaciones graves,
Confidentes buscando un corazón.

Siente el alma nostalgias de infinito
Buscando el cielo ensaya sus miradas,
Y clava como el ave prisionera,
Contra las rejas sus heridas alas.

II

Y en medio de esas sombras que se agitan;
De ruidos que se acallan;
De cielos que se encienden,
Y soles que se apagan;
Sobre un mundo de luz que se derrumba
En la extensión arcana,
Golpes lentos de bronces que despiertan
Con la suprema voz de la plegaria;
De un corazón gigante los latidos
Que al cielo se levantan.

Última nota que desgrana un arpa,
Como acorde final de una salmodia;
Ritmo que reza por los otros ritmos
En el concierto de las medias sombras.

Ruido de alas que las brumas hienden
Buscando lo infinito;
Deprecación de un día que se muere
Al caer en la fosa de los siglos.

¡La oración de las tardes,
Que sorprende la fe dentro del alma;
Sacude el corazón, lloran los ojos;
Y en los labios invoca del creyente
La angélica plegaria!

La plegaria que es música y perfume,
Ritmo, canto, poema,
Aprendido en el cielo por un ángel
Cuando á María á saludar viniera.

¡Ángelus vespertino!
Al pronunciarte en medio del misterio
La acompasada voz de una campana,
Llénasme el corazón de algo infinito;
Y me haces sentir dentro del alma
Lo que el proscripto al escuchar lloroso
Los cantos de su patria;
Empañas los cristales de mis ojos
Y pones en mi labio esta plegaria:



¡María sin pecado concebida
Sed mi amparo, mi madre, sed mi guarda!

Juan R. Mosca.

El Guachito

Era un muchacho alto, flaco, de rostro vulgar, á quien sus colegas, los vendedores de diarios y periódicos, conocían comunmente por *Guacho*.

¡*Guacho!*—¡Uf!—Cada vez que oía pronunciar ese mote, sentíase dominado por la cólera, y una nube roja obscurecía su vista, pero luego hacía un esfuerzo sobre los excitados nervios y lograba calmar los arrebatos prontos á estallar, abandonando su sitio, con la convicción de haber obrado como los hombres de bien...

¿Qué motivos podía aducir para justificar su enojo, en el caso de provocar la lucha? Ninguno. Todas las culpas de los pesares que sufría, eran debidas á esa mala suerte, que como el Hado del Martirio, le perseguía tenazmente desde la cuna; cuna que se meció sola, sin caricias de familia, sin besos maternales, símil á la de esos desgraciados que llenan los hospicios y que más tarde, como buque sin guía, están propensos á seguir el impulso del vendabal de las pasiones.



Sin embargo, él había andado alrededor del cieno sin mancharse, en aquellos terribles días de su niñez, cuando con la ropa hecha girones y los pies desnudos, recorría las calles de la ciudad codeándose con multitud de desdichados que mostraban sus llagas para despertar la compasión de los transeuntes y recibir un secorro á fin de abrigar sus enflaquecidos cuerpos que tiritaban de frío.

Después de esa vida aventurera, sus reflexiones le impelieron á un cariño extremado por el trabajo, pero se halló con una valla inmensa que se interponía ante su camino; la educación, esa fuente donde van á beber las generaciones jóvenes, que han de dar días de gloria al nativo terruño, no le permitió el usufructo de sus beneficios. Y él sabía que era honrado, generoso, y se reconocía grande, á pesar de su complexión raquítica. ¡Ah! si hubiera hallado una ocasión de hacerse comprender! Sus compañeros criados en el mundo callejero, muchos con temperamentos inclinados al bien, pero en contacto con otros que lucían vicios y faltas que les arrastraban hacia el fango, donde dejarían quizás más adelante pedazos de honradez; no eran indudablemente los que comprenderían su carácter.

En algunos casos en que buscaban su intimidad, reíanse de él, como si deseosos de distracciones alegres, tuvieran necesidad imperiosa de dar con una víctima de sus chanzas y sus sátiras.

—Allí está el *Guacho*, ché, con sus sonceras, dándole alpiste á la lengua!

—¡Bah! Ese es tábano que va á picar poco. ¡No vés que está hablando solo!

—¡Zoida! Y es cierto... *Ricién* me fijo que *tenés* razón.

Y enseguida le iban á incomodar, sacándole de su ensimismamiento y de sus cavilaciones tristes. Siempre que eso acaecía esperaba que finalizara la venta de sus periódicos, y con paso acelerado, con ansias de reposo, se dirigía á su albergue, un cuarto pequeño y pobre, sin ninguna clase de muebles y allí, tirado sobre el montón de trapos que le servía de lecho, se entregaba de nuevo á meditar, como un devoto en la soledad del claustro.

Acababa de sonar la hora de la salida del diario. Los muchachos se estrujaban y se dirigían epitetos de su jerga, ansiosos de ser los primeros en pregonar su mercancía.

El *Guacho* aislado, indiferente á lo que pasaba, como si no le importara nada aquel bullicio de la chiquilinada juguetona, esperaba tranquilo que le llegara su turno. No tenía apuro y deseaba aprovechar aquel momento de olvido, para engolfarse en sus preocupaciones, tratando de descorrer en su magín el velo del pasado, de ese pasado que ignoraba, pero que se le antojaba adivinar... Pensaba en sus padres!

Una exclamación grandísima, mezcla de orden y de espanto le sacudió de su letargo... ¡Atajen! ¡Atajen!... Miró hacia donde partía aquel ruido... Era un lujoso *cupé*, cuyos caballos desbocados, llevaban todo por delante... Por las portezuelas asomaban las rubias cabezas de dos mujeres.

Sin titubear, rápido como una saeta, rugiendo de coraje como un león, el *Guacho* cerró el paso á las bestias, las cuales después de derribarle des-



trozándole el cuerpo con sus cascos, se detuvieron jadeantes, sudorosas...

Cuando le levantaron había muerto, pero en sus labios llenos de sangre, parecía juguetear una sonrisa...! Heraldo, que proclamaba que aquella alma de acero, templada al yunque de los dolores humanos, había recibido la muerte sin exhalar una queja, ni derramar una lágrima!

Al otro día le enterraron, y sobre su tumba ninguna mano amiga depositó una flor!

Miguel Alvarado.

Notas de Tacuarembó



En la estación. — Manifestaciones á los jefes políticos señores Sagarra y Christy

Dijimos ya, al ser nombrado Jefe Político del departamento de Tacuarembó, el ciudadano don Franco Sagarra que la población del departamento había recibido complacida al nuevo funcionario, vinculado á él por largos años de residencia y por figuración á que le dieron derecho su profesión de escribano, honrosamente ejercida, y su actuación política como presidente de uno de los clubs colorados que allí existen. Esa satisfacción popular fué demostrada al regreso á Tacuarembó del nuevo Jefe Político á quien se recibió en manifestación, en la estación del ferrocarril, acompañándosele luego hasta su domicilio. La instantánea del señor Antonio Rossi presenta la masa de pueblo que espera la llegada del nuevo jefe al que acompañaba el coronel Manuel

P. Christy jefe saliente con motivo de haber sido trasladado en aquel carácter al departamento de Artigas. Los dos funcionarios fueron saludados con cariño: la bienvenida para uno significaba esperanza popular de administración recta; el saludo al segundo era la comprobación de que los procederes del delegado del Ejecutivo no habían levantado resistencias ni censuras.



Estudiantina en San Fructuoso

Nuestro corresponsal, al enviarnos la fotografía reproducida al principio, ha querido completar sus apuntes con otras dos notas simpáticas: social la primera y escolar la segunda. Nuestros grabados reproducen en primer término el grupo formado por la estudiantina de San Fructuoso que dirije el señor Silvio E. y Escobar y en la que figuran, por orden numérico, las señoritas Castora Echizart, Carmen Rodríguez Bas, Artigas Oliver, Olimpia Pintos, Juana Pintos, Elena Seguí, Julia Bianchi, Lola M. Ortiz, María Galli y María Oliver. Al lado del director están, también en el mismo orden, los jóvenes León Seguí, Héctor Gonzálves, Pablo Tachino, Benito Guerequis, Sirio Oliver y Benjamín Valdez.

Viene, finalmente, el conjunto que forman todos los vecinos de «La Aldea» (6.ª sección del departamento) asistiendo á la inauguración de una escuela pública en esa localidad. Se trata de una fiesta que tiene siempre gran significación en las apartadas regiones de nuestra campaña donde cada escuela que abre sus puertas está destinada á arrancar á la ignorancia centenares de niños hasta hace poco olvidados de nuestras autoridades y privados de toda preparación para ejercer más tarde los derechos cívicos que á todos acuerdan nuestras leyes fundamentales.



Inauguración de la escuela de La Aldea (6.ª Sección, Tacuarembó)

Sargento mayor Villegas Zúñiga



No está lejano el día en que rememoramos uno de los acontecimientos luctuosos de nuestra historia política: el 10 de Enero de 1875 — en que cayeron buenos y nobles ciudadanos.

No pudimos en el número correspondiente completar el recuerdo de esa efeméride con el retrato de Isaac Villegas Zúñiga, uno de los caídos de aquella jornada, que recién obtenemos para la reproducción en fotograbado y que hoy ofrecemos. Isaac Villegas Zúñiga había sido sargento mayor y 2.° jefe del batallón Gurruchaga.

Su muerte fué muy llorada, porque sus nobles cualidades atraían las simpatías, lo mismo de los que cultivaban su trato íntimo que de los que en los momentos de lucha habíanse encontrado sirviendo á sus órdenes.

El Jacal

Del libro en preparación "Camarón". — Escenas de la guerra Franco-Mexicana

Desde el punto en que nos hallábamos distinguíamos perfectamente, casi á vuelo de pájaro, el solitario rancho y sus alrededores, y aguardábamos con ansiedad el resultado de la expedición de nuestro intrépido camarada. Apesar del corto trecho que éste tenía que recorrer, transcurrió más de media hora antes que se notase la menor señal que demostrara su llegada al rancho. Por fin, los altos cañaverales crecidos en su lado Norte, se agitaron algunos momentos como movidos por una ráfaga de viento, más fuerte que la suave brisa que entonces soplaba del rumbo opuesto, y un bulto negro, en el que no tardamos en reconocer al Mizo, entró cautelosamente en el espacio descubierto, de pastos cortos y ardidos que por entero rodeaba el *jacal*.

A la tenue claridad del astro de la noche que, á más de la mitad de su carrera, brillaba con lumbre mortecina, — cual si corriese tras diáfano cendal, — pudimos verle distintamente fijando en su cuerpo obscuro y fusiforme, semejante al de un formidable saurio, toda nuestra atención y la fuerza penetrante de nuestras miradas.

Se arrastraba con suavidad, despaciosa y seguramente, sin hacer ruido alguno, con la delicadeza sutil y fúnebre del crótalo que va en busca de su presa.



Adriano M. Aguiar

Sus movimientos, aunque lentos, tenían algo de amenazador é indicaban, en aquel cuerpo de formas atléticas, una resolución á toda prueba. El cabo indio que había adquirido fama de hombre de empuje y valiente, me revelaba, ahora que le veía en la faena, que aquella era merecida porque nadie podía dudar de su valor sereno; de su habilidad y destreza para afrontar esos momentos supremos, esos trances terribles en que uno juega su vida.

Se conocía, aún á la distancia, que tenía la seguridad del éxito: que se tenía fe y que creía en la firmeza y precisión de su brazo y en la lucidez de su mirada, como la del gato, brillante y fosfórica en la sombra.

Repentinamente, cuando aquel bulto obscuro estaba próximo al *jacal*, volvimos á oir los fuertes ladridos de los molosos *nocheros*, expertos vigilantes de aquella agreste morada.

El cuerpo largo y negro que observábamos con tanto afán, se hizo un ovillo y, como rodando sobre el suelo parduzco, recorrió un pequeño trecho y desapareció bajo la masa copuda y erizada de uno de los nopales enanos que formaban el cerco, buscando un abrigo bajo las anchas palas combadas de sus hojas apretadas, armadas de púas agudas y poderosas que hacen insalvables sus vallas.

El indio debió sentir sus carnes desgarradas por aquéllas, pero en cambio, al reparo de la planta salvaje, que cobraba tan caro su sombra protectora, y con su nauseabundo olor á *coyote*, pudo desorientar á los mastines pues, á poco, dejaron de oirse sus furiosos ladridos y de nuevo reinó el silencio más profundo.

Otra media hora, larga, de mortal espera, transcurrió antes de que viéramos otra vez la sombra movible que, destacándose neta sobre el enjabelgado de las paredes del *jacal* avanzó rápida hasta doblar su ángulo nordeste ocultándose tras él.

. . . .

Después, supimos lo que había pasado en el rancho, por boca del mismo Mizo.

El cabo Tlascalteca, con el cuchillo en los dientes, puesto á gatas, con un arrastre felino, había penetrado en la habitación más grande de las dos en que estaba dividido el *jacal*, guiándose por la respiración fuerte del hombre que en ella dormía descuidadamente, roncando á pierna suelta, para acercarse á él sin ser sentido.

— «Teniente Gorospe! — dijo el indio en voz baja, contenida, aproximando su boca al oído del oficial que descansaba tranquilo: — «¡arriba!»

Cesaron los ronquidos y el hombre se incorporó con rapidez en el lecho, — un catre de tijera — preguntando con tono áspero é imperativo:

— «Quién va!»

— ¡Chut! Cuidado, mi teniente! — dijo la misma voz que había hablado antes. — La guerrilla de Domínguez se acerca á este punto. Hay que ponerse en salvo.»

— Cómo? — exclamó en el colmo de la sorpresa el teniente, echando mano al Mizo y aferrándole por un hombro, al mismo tiempo que trataba de reconocerle en la semi obscuridad que reinaba en el interior del rancho. — ¿De dónde vienes? — ¿Quién te envía? ¡Habla!

— Pero, su merced es el Teniente Gorospe? —

dijo el indio astuto, contestando á esas preguntas con otra.

—Sí,—dijo el oficial de los disidentes.—¿Dónde están esos pillos?

—Aquí!—replicó el Mizo, descargándole en medio del vientre una terrible puñalada, rajante de abajo á arriba que derribó al suelo, sin vida, al desgraciado teniente, mientras el indio echándose sobre él le desabrochaba la blusa, sacaba algunos papeles de un bolsillo interior de la misma, que halló después de un prolijo cateo y, sin pérdida de tiempo, corriendo á una de las ventanas bajas y sin reja, saltaba fuera de la habitación, desapareciendo entre la espesura de los altos jacales que rodean aquella solilaria vivienda campestre.

Adriano M. Agular.

Enero de 1901.

Melancolías

(Del tiempo viejo)

¡Venid á mi, dulcísimos recuerdos
de la primera edad! Venid y habladme
con esa voz espiritual, melódica,
(mano invisible que tocando el alma)
presto despierte del fatal letargo,
las olvidadas notas de una lira,
que en el cielo sin fin del sentimiento
hizo vibrar sus entusiastas himnos!
Haced llegar al fondo de mi noche
obscura há mucho, la preciada lumbre
del astro azul de mi esperanza muerta,—
como á través del tiempo y la distancia
filtrando del espacio el ténue velo,
de la estrella extinguida ha muchos siglos
llega á la tierra el vagabundo rayo!
Que renazca la flor de mis amores,
flor impalpable de benignos climas
que aún al plegar sus delicados pétalos,
dejó como un reguero de perfumes
en el ambiente inmaterial del alma!
Que vuelva á ser feliz, como en las horas
aquellas de mi cándida inocencia,
en que mi pecho virginal se abría
al dulce toque del amor primero!
Cuando la voz de la mujer amante
suave cual ruego, y cual promesa, grata,
y su mirada de íntima ternura
unificadas por consorcio mútuo,—
llegaban á los mares apacibles
del corazón y delicado soplo
con rítmicos vaivenes levantaba
de mi cariño las dormidas ondas!...
Horas felices de una edad sin nombre,
ya nunca volveréis, por más que os llame!...
—No vuelve hasta nosotros el pasado
si no para amargar con sus recuerdos
las horas grises de la edad presente!...
Ah!... Quién pudiera detener la marcha
agigantada del eterno Tiempo
que todo lo envejece y siempre es joven!...
Quién pudiera gozar tranquila vida
y eterna juventud!... Vana quimera!...
Capricho loco de falible mente!
El hombre, en su opulencia, siempre es átomo,
y es infeliz con las mundanas glorias!...
¿Qué hacer, entonces, en el trance duro,
cuando falta en el pecho la esperanza,
cuando se muere el corazón de tedio,
y nos penetra la traidora duda?...
—Cantar cual ruiseñor aprisionado
que recuerda su amor de la floresta,
y eleva hasta los cielos su plegaria
en canto funeral, no en dulce trino.
Tregua pedir en el amargo trance
y aliento á Dios en la jornada triste,
ya que volver no puede la edad de oro,
ya que al pasado el porvenir sepulta,—
hasta que llegue el ignorado día
en que la muerte,—fúnebre viajera,—
doble mi cuerpo, libertando mi alma!

Ricardo Sánchez.

El álbum á Margarita

De todas partes del Universo se han hecho á la reina Margarita, manifestaciones elocuentes de simpatía, con motivo de la inesperada y trágica muerte de su esposo Umberto 1.°, el monarca bondadoso y querido de la Italia. Las damas de los países americanos han testimoniado á la virtuosa señora su condolencia, por medio de telegramas y de albums que guardan sus firmas y que conservará como recuerdo del sentimiento universal producido por la pérdida de su augusto y llorado esposo. De nuestro país han llegado hasta ella testimoni os de esa índole, no solo de los italianos que pueblan este pequeño pedazo de tierra, sino también de los demás orientales que acompañan desde aquí el duelo de la reina. Los grabados que ofrecemos reproducen el hermoso álbum que nuestras damas le enviarán por momentos y que ha estado expuesto en la joyería de Basso, dentro de artístico estuche. La tapa principal del álbum es de plata maciza y su primera página contiene sobre seda una elegante chapa de oro adornada con margaritas y violetas. La comisión de damas uruguayas ha sido presidida por la señora Angela G. de Cuestas, en carácter honorario y la señora Emilia Astengo de Duce en carácter efectivo. Lleva el álbum—cuyo trabajo artístico es obra del señor B. Basso—dos mil firmas.



El álbum en su estuche



Dedicatoria del álbum

Rincón azul

Es elegante, graciosa, espiritual y comunicativa. Hablando, encanta. En nuestros salones distinguidos su delicada y pequeña silueta tiene siempre un círculo de admiradores, y ella instala así la cátedra más interesante que pueda imaginarse donde hace gala de su ingenio en el que la agudeza y la poesía forman un delicioso contraste. En su trato amabilísimo, se revela esa cultura espiritual de la dama distinguida y la bondad generosa de un corazón en el que lo bueno y lo bello encuentran siempre hospitalidad. Lleva un apellido de los que más alto puesto ocupan por antigüedad en nuestra sociedad y por él y por sus méritos personales, tiene en ella puesto preferente. También es artista y de las que saben sentir y hacer comprender las más delicadas impresiones, de esas que los espíritus selectos pueden cultivar con cariño, porque encuentran en ellas más que el esparcimiento algo que interprete lo que late en el fondo de su alma azul.



Joven bella, gentil, con el perfil griego de su rostro, sus negros ojos, el delicado terciopelo de su cutis de tintas de aurora con el que contrastan sus bucles de azabache, parece la evocación del ideal de un poeta inspirado por la eterna diosa Belleza. Es además espiritual, elegante, inteligente. La música tiene en ella una de las más deliciosas cultoras y cuando interpreta pone de su parte algo de su propia gracia y de su exquisito sentimiento. En ella, pues, todo es belleza y la suave expresión de su rostro tiene la luminosa revelación de su alma. Aún no ha sido presentada en sociedad, de modo que todavía no la han alhagado los triunfos de los salones, donde seguramente su hermosura y su espíritu culto han de granjearle los más rendidos homenajes.



Parece esta otra niña uno de esos retratos de princesitas que idealizó Wateau en sus miniaturas. Le falta, sobre los cabellos oscuros, la brillante diadema, pero en cambio tiene mejores joyas en sus ojos negros y no necesita ser soberana para ser admirada. Basta mirar el perfil puro de su rostro, y deslumbrarse con la luz de sus pupilas, para someterse, sin que ella tenga que hacer uso de la elegancia señorial que la distingue. En nuestra sociedad se aprecia la cultura y nobleza de sus sentimientos, que ella sabe rodear con una gracia exquisita, en la que también hay la gravedad de un claro y reposado criterio junto á los encantos de la juventud que para ella merece ser camino de flores.



El banquete de la juventud



Fotografía tomada desde el frente de la platea

Como nota política, fué la del lunes—dada por la juventud colorada—la más saliente de nuestra actualidad, destinada á prestigiar la idea de la unión de todos los elementos de ese partido, distanciados por múltiples circunstancias que no debemos nosotros apreciar. El banquete en San Felipe, al que concurrieron no menos de cuatrocientos comensales y unos seiscientos espectadores, fué una fiesta llena de entusiasmos partidistas que tenían sonora repercusión en el ánimo de todos los asistentes. Rojo y Blanco encuentra que es necesario, por la trascendencia que ese acto puede tener en nuestra política—á pesar de estarle vedado por su programa entrar en ese terreno—dejar de él una información ligera en sus páginas que represente sus escenas en forma gráfica. No tenemos que penetrar intenciones, pero es forzoso reconocer que todo lo que representa un esfuerzo para la lucha democrática y pacífica de los pueblos, es digno del encomio sincero de los que, sin tomar parte activa en la propaganda, tienen el derecho y el deber de anhelar el más feliz desenlace ó la más feliz solución posibles, para los problemas, que como el del próximo Noviembre, pueden afectar radicalmente la prosperidad nacional. Queden esas dos notas inmejorables de Fillat—á quien debemos un gran aplauso por su triunfo positivo é indiscutible en la fotografía nocturna, á luz de aluminio—como un recuerdo de la fiesta que acaba de celebrarse—y como un augurio de días tranquilos en las luchas democráticas.



Vista tomada desde el fondo del teatro

FOTOGRAFÍA DE FILLAT.

Dos instantáneas

Son de un aficionado incógnito, pero oportunísimas. El niño, que tiene inclinaciones á la pesca emplea la flexible varilla, junto al algibe, en pescar un pucho. Por algo se empieza!

Hace esfuerzos de imaginación para averiguar la clase de carnasa que tal pesca requiriría, y llega á convencerse, al fin, de que todo es inútil: — el pucho *no prende*, á pesar de las ocasiones reiteradas en que se han puesto á prueba la paciencia y la habilidad del nuevo pescador de caña. Desiste entonces de su propósito, se agacha rápidamente y con mejor anzuelo y mejor carnasa — su voluntad y sus dos dedos pequeñitos y blancos, recoje la presa codiciada, — que á poco luce, muy orondo, en otros sitios de la casa.





— Así fuman los hombres, como fuma mi papá! — va pensando siempre dispuesto á continuar su pesca, — que más de uno de la especie han de haber dejado caer el papá ó el hermano mayor.

Pero he aquí que el lindo nene, se ve de pronto sorprendido y rápido como un relámpago — con una rapidez que asombra á la mamá que llega, lleva la mano atrás y hace que rasca cierta parte de su cuerpecito — mostrando muy mal ceño — mientras deja deslizar el pucho *pescado* momentos antes junto al algibe.

La madre rie y de pronto pregunta al nene: — ¿Qué tienes, Julio? — No sé, me pica más esto... — Yo sí sé lo que es; los niños que fuman tienen lombrices!

En la "Ville de Dijon"



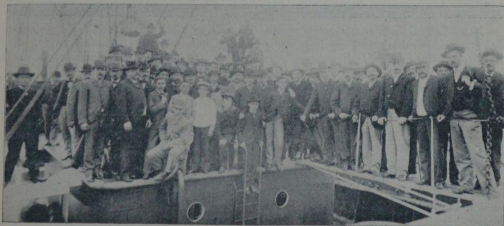
El capitán y la tripulación

No habrán olvidado los lectores que hace aproximadamente dos meses entró al puerto, desarbolada, sin timón, con la cubierta medio destrozada, una barca que ostentaba orgullosamente, en el tope de uno de sus tronchados masteleros la tricolor bandera francesa. En su viaje del Havre á este puerto

la sorprendió un temporal terrible que arrancó las velas, tronchó los palos y la tuvo durante ocho días en inminente peligro de hundirse. Fueron para la tripulación ocho días de angustia y de agonía, pero en medio de los elementos desencadenados, viendo la muerte á cada instante, nadie se amilanó; y se sobrepuso á todo, el sentimiento del deber. Y así después de penurias sin cuento la barca logró llegar aquí, casi sin auxilios extraños y con los pobres elementos que le restaban después de la lucha. La colonia francesa de Montevideo, por iniciativa de su diario *L'Union Française* quiso significar la admiración que había despertado tan heroica conducta y el domingo pasado, se efectuó la entrega de una placa de bronce, costeada por suscripción, para que fuera colocada abordo como un aplauso á la disciplina y al valor. Asistían á la ceremonia además de gran número de franceses, representantes de la sociedad «Le Drapeau», de la prensa montevideana, oficiales del crucero *Durance*, etc. El acto fué sencillo pero emocionante. Después de un hermoso y patriótico discurso del señor Mailhos se hizo entrega de la placa y de un recuerdo al capitán y tripulantes, á quienes, uno á uno, estrechó la mano el orador. El capitán de la barca señor Bony agradeció elecuentemente la demostración y obsequió luego á los visitantes. Al terminar la fiesta, como un expontáneo recuerdo hacia la patria ausente, los marinos entonaron *La Marsellesa*, en tanto que en la barca y en el «Durance» bajaba tres veces, saludando, la bandera tricolor.



La placa



Los asistentes á la fiesta

A la otra

Tú también fuiste buena. Tus encantos
su pureza sencilla un día lucieron,
y el amor agitó tu alma inocente
antes de extremecer ansioso el cuerpo.
También tuvistes tu ilusión un día
que puso flores en tus niveos sueños,
y en la lujuría de tus labios rojos
la castidad sagrada de los besos.
Así te conocí cuando te amaba,
y así te ví después, estando lejos,
en los felices tiempos en que juntos
ligados por idílicos anhelos,
subíamos en alas de la gloria
á la morada azul del Sér Supremo.
Reflexiona un instante, y reconoce
cuanto ha sido de pronto tu descenso;
piensa en los tiempos de tu real pureza,
edad dichosa, venerados tiempos—
en que estrechas y juntas nuestras manos
y uniendo sus latidos nuestros pechos,
por llevar nuestro afecto á lo infinito
audaces vimos tan cerquita el cielo!...
Mira hoy tu estado y el estado mío;
arrepentida muéstrate á lo menos
por la traición que hiciste á mi cariño
destrozando sin lástima mi pecho,
y si no puedes comprender ahora
lo que sufre de amor un pobre enfermo,
¡cómo ha de ser!.... prosigue tu camino
que en todo caso para tí habré muerto,
y no podré venir á importunarte
mientras apagas tu carnal deseo.
Pero permite que por vez postrera,
al verte tan feliz dentro del cieno
te recuerde, mujer, que tus encantos
su pureza sencilla un día lucieron,
y el amor agitó tu alma incorrupta
antes de extremecer ansioso el cuerpo.

Las Piedras, Enero 1901. C. U.

Marina

Un fragmento de horizonte, vasto y radioso, tendido como un anfiteatro entre el cielo azul del mar y el corvo azul del cielo.

La tarde, tibia y límpida en su declinar, esparce su resplandor de estrella sobre las cosas.

Hacia el ocaso, el sol, engolfado en una perspectiva de escarlata, llamea, como el incendio de una selva á la distancia. Sobre las ondas que el soplo de las brisas dulcemente columpia, sobre las ondas que ondulan, se quiebran, resbalan, asciencien, remontan, se alejan y vuelven, con no sé qué líquidas contorsiones espasmódicas, con no sé qué felinos movimientos de gracia evanescente, sobre las ondas que mece el gran columpio del mar, cabrillean los mirajes solares, como resplandecientes pedrerías crinadas de espumas áureas.

A lo lejos, salpicando el amplio azul undívago, la melancolía de las blancas velas prendidas á los barquichuelos, y cruzando en vagos vuelos, simulan los saludos de los pañuelos de los adioses, húmedos de las lágrimas de las despedidas. Y sus notas níveas, pasan como una vía láctea de tristeza y de soñación en la poesía romántica de la marina.



En la playa hay gran animación. El coro de las olas armoniza naturalmente con las conversaciones veladas de las parejas, con los ritmos tonantes de la orquesta y con las carcajadas de los bañistas. En tan rico escenario hay tela para muy diversas escenas; el kaleidoscopio de la realidad es múltiple y variado. Hay filones para el soñador, rincones para el solitario, bellezas para el esteta, ridiculeces para el irónico, sonrisas para los enamorados, encantos para casi todos los sentidos y fiestas para la imaginación.

Por lo pronto, la canción del viento, á la sordina, vibra en todos los oídos, confidencial y suave como un inolvidable ritornello musical.

Le elegancia del ambiente, ornado de tan finas flores femeninas, hace vibrar las sensibilidades adormecidas y posarse á la alegría, como un ave del paraíso, en todos los corazones.

Uno se siente, por un momento, arrebatado al mal de pensar, sensible, inofensivo y feliz, como acontece en esos raros instantes en que las almas y las cosas de la naturaleza están de acuerdo.

Y en la concordia sensorial, en la pascua interior, la efusión lírica del espíritu consolado, desborda sus mareas de imágenes sonrientes, de emociones tornasoladas de idealidad, que luego las palabras cristalizan y el himno perpetúa:

Y se repite con el amigo poeta: «Canta ¡oh buen viento de la tarde! pon tu órgano á la sordina. Canta para el marino que partirá para un largo viaje cuando alegre el agua azul, la armoniosa visión de un blanco vuelo de goletas.»

Y el viento, fiel á la lira, va cantando de ola en ola, de cabellera en cabellera, de vela en vela, de seno en seno, de nube en nube, de boca en boca y de oído en oído, el poema de los espacios inmensos, de la tierra fecunda, del mar potente, de las selvas y de los montes, de la vida y del sol.

Canta, para el que sabe interpretarlo, la frescura cristalina de las ondas, la fragancia amorosa de las cabelleras, el fruc-fruc voluptuoso de las sederías femeniles y de las lonas de los velámenes, la tibieza de nido de los senos, el nomadismo pintoresco y fantástico de las nubes, las brasas de los labios encendidos por el deseo y la avidez de los oídos aguzados por la esperanza ó la curiosidad...

Canta, los ensueños efímeros que engendran el encuentro á veces fortuito de dos miradas y de dos manos; los cariños fluctuantes, las galanterías de ocasión, los saludos; todo eso y mucho más, va cantando el largo, el interminable y dulce beso del viento, en las playas junto al mar.

Y cuando el crepúsculo asciende en grandes inciensos majestuosos, y la noche pone sus manos de sombra sobre el oriente, cuando el primer temblor de luz baja del despertar de las estrellas, un nuevo espectáculo deleita las miradas que aún yerran sobre la gloria del mar.

Porque cuando se posee el don excelso de sentir y de observar lo que se mira, las visiones cambiantes del agua en plena inmensidad, con la colaboración de los astros de ciertas espléndidas noches estivales, se llega sin mucho esfuerzo, de sensación en sensación, hasta el escalofrío de lo Infinito.

Américo Llanos.

El señor de la Paciencia

Es un hermoso ejemplar de la gloriosa imaginería española, en que resplandecen las esculturas de Berruguete, el Montañés y Alonso Cano, ese Cristo coronado de espinas y con un irrisorio cetro, que nos legaron los españoles y fué venerado muchos años junto á la vieja capilla de los Ejercicios.



Tenía en aquellos tiempos su nicho y sobre el arco de entrada se leían estos cuatro versos de un *De profundis* franciscano:

Tú que pasas mírame,
cuenta si puedes mis llagas
¡Ah hijo, que mal me pagas
la sangre que derramé!

Todos los viejos lo conocieron; varias generaciones de estudiantes creyentes y descreídos, desfilaron por delante de él y asocian su recuerdo á las notas de tantos exámenes que los hicieron penar y encomendarse al Señor de la Paciencia, Patrono de los profesores mansos y benévolos.

Pío IX, cuando era simplemente el clérigo Mastai Ferreti y pasó en 1824 por Montevideo, conoció la imagen y llevó de ella recuerdo tan duradero que, cuando lo visitaban algunos montevideanos, no dejaba de preguntarles por ella.

En el pueblo, la devoción al Señor de la Paciencia es tan antigua como tradicional; y pocas son las señoras ó muchachas que no hayan hecho una vez siquiera el ejercicio de los 33 días para suplicar ó pagar una gracia.

Cuando la vieja Capilla de Ejercicios desapareció y se removieron hasta sus fundamentos, la imagen del señor de la Paciencia, tuvo que abandonar también aquel lugar. Fué trasladada por cuidado del finado cura de San Francisco, don Martín Pérez, á una capillita erigida al lado de esa iglesia; y recientemente, con ocasión del homenaje universal á Jesucristo Redentor, en el final del siglo XIX, se consagró al Señor de la Paciencia la cripta de San Francisco, por disposición del Arzobispo Metropolitano, quien ha querido consagrar y enaltecer la devoción y la imagen popular, como antes lo hizo con la histórica imagen de Luján de la Florida.

Gracias al veterano artista fotógrafo Brunel, nos es dado ofrecer hoy una excelente reproducción de la imagen del Señor de la Paciencia, no publicada hasta ahora en forma alguna.

La reina Victoria

Inglaterra ha perdido su augusta soberana, la reina bien amada que era para sus súbditos, la encarnación ideal del gobierno, y para el mundo entero un ejemplo admirable de virtudes públicas y privadas.

Por eso esta muerte que puso fin á una vida larga y llena de méritos, y á un reinado tan extenso como glorioso, ha enlutado, no sólo á la nación inglesa y á sus numerosas colonias, como á las Cortes europeas, sino á todos los pueblos que saben apreciar las virtudes ejemplares de quien era como soberana modelo de prudencia, símbolo augusto del régimen gubernativo de su poderosa nación, y como mujer, había sido hija, esposa y madre, digna de presentarse en los hogares como el tipo más admirable.

Y cuando, después de 64 años de reinado glorioso, la vida se extingue en medio de la consternación y del duelo sincero de sus súbditos, una convicción emocionante gana los corazones todos y es la de que su vida ha sido abreviada por el dolor y las penas de una guerra cruel á que ella no ha podido oponerse, y que ha seguido con lágrimas en los ojos y luto en el alma. Es la contracción de un inmenso dolor que ha quedado en el hermoso y sereno rostro de la soberana, y que la hará llorar más por esa gran compasión que selló su vida gloriosa.

(Véanse en las actualidades las ilustraciones de este acontecimiento.)



La Artillería

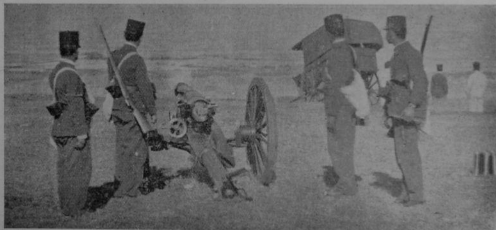
Los artilleros más antiguos de los tiempos modernos han sido el Coronel Carrión, muerto hace dos años y el comandante González, que por muchos años viva. Las Sagradas Escrituras, al ocuparse de ellos, afirman terminantemente que ambos descienden de Cam, en línea más ó menos recta, pero como ni uno ni otro trató jamás de hacer gala de su añeja genealogía, diremos sencillamente que á pesar de ella, apesar de su color un tanto subido, llegaron á elevados cargos militares, gracias á sus aptitudes poco comunes y á un valor que ha pasado á ser legendario en nuestro ejército. Del Coronel Carrión se cuentan diez hechos heroicos y de él se dice que acosado por fuerzas superiores en un combate que prometía tener un desenlace fatal para su bando, poco seguro de sus hombres que parecían dispuestos á buscar en la fuga la salvación de sus vidas, pero resuelto él mismo á hacer la pata ancha, ordenó por corta providencia que se soltaran al campo y se dispersaran todos los caballos de servicio y consiguió así que la tropa, imposibilitada para huir, se batiera con el valor que da la desesperación. Se diría que Cortez, al quemar sus naves, tomó ese hecho por modelo.... apesar de haber vivido el conquistador de América algo así como quinientos años antes. El Comandante Feliciano González cuyo retrato ha publicado Rojo y Blanco hace apenas varios días, pertenece también á los buenos tiempos de ñaupe. De él se cuentan veinte anécdotas. Citaremos una, que lo pinta de cuerpo entero y con su verdadero «colorido.» Era en la mañana de Pavón. El General Mitre había pedido al General Venancio Flores el mejor de sus artilleros, que debía ponerse á las órdenes del entonces Coronel Julio Vedia. Y cuando el comandante González se presentó á su nuevo jefe, este no pudo reprimir una sonrisa poco halagüeña y á media voz preguntó á algunos oficiales presentes si el General Flores no tendría entre sus tropas «otra cosa mejor que esa» para mandarle. Fué, sin embargo, Feliciano González, quien dispuso la colocación de las piezas y quien las dirigió después durante el combate. Este no había alcanzado aún su período algido cuando



Al llegar al campo de tiro



Batería en posición



El primer disparo

nuestro hombre había encontrado una buena oportunidad para vengarse á su manera, es decir, caballerescamente, de la acogida un tanto burlona que se le había dispensado; Un batallón de infantería enemigo avanzaba en columna cerrada. Coronel, le dijo González á Vedía «ahora va á ver como pelean los del Sitio» Apuntó rápidamente, hizo fuego, y la granada reventó en medio de la fuerza enemiga. Al tercer tiro, la columna había desaparecido. El coronel manifestó su admiración en elogios exuberantes. Feliciano González creyó dar al hecho bastante explicación diciendo: que á veces también los negros saben hacer cosas de blancos y que con más frecuencia aún los blancos hacen cosas de negros.



Cambio de posición

Pero aquellos tiempos y aquellos hombres ya pasaron. Una nueva generación sustituyó á la antigua y el Krupp reemplazó á los viejos cañones de bronce. ¿Ganamos en el cambio? Tuvimos cañones, pero nos faltaron artilleros. Los jefes que dirigieron la artillería nuestra durante esa segunda época, no pasarán á la historia, felizmente para ellos. Y como las crónicas del futuro guardarán respecto de sus virtudes y sus proezas la más prudente reserva, guardémosla también aquí, que esto que aquí hacemos, es también historia.



En marcha



Artillería de campaña. — Desfile dentro del cuartel

Allá por 1893 sufrió nuestra artillería una transformación nominal. Se dividió en artillería de plaza y en artillería lijera ó montada. Diferencia esencial: el uniforme. La artillería de plaza, tenía como la lijera, cañones de campaña y esta, apesar de ser montada, marchaba á pie. Los fotograbados que llevan los números del 1 al 5 representan la artillería de plaza haciendo ejercicios de tiro. ¡Así se hubiese limitado siempre á tirar al blanco! Por haberse sublevado el 4 de Julio y haber tirado contra las fuerzas del gobierno, fué suprimido ese regimiento y metamorfoseados sus milicos en soldados de infantería.

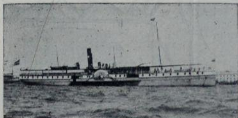


Artillería de campaña.—Haciendo salvas

Á la artillería lijera le ha cabido mejor suerte y le han tocado mejores jefes. El Coronel Juan Bernassa y Jerez y el comandante Carlos Morador y Otero, dos militares ilustrados, iniciaron la reforma en sus dos administraciones, demasiado cortas para que el resultado de sus esfuerzos fueran completos. (Durante la jefatura del comandante Morador y Otero estaban ya en uso los nuevos cañones Canet). Hoy la obra está terminada y el país debe agradecérselo al Comandante Guillermo Ruprecht y al Sargento Mayor Juan A. Pintos. Merced á ellos, á su preparación científica y á su labor empeñosa, la artillería ha dejado de ser un cuerpo de simple decoración, particularmente destinado á lucir en los días de parada ó á meter bulla en los cementerios, y si fatales circunstancias la citaran nuevamente al campo de batalla, haría recordar—¡lo juraríamos!—á esa otra antigua artillería, su venerable abuela, que tantas glorias dió á nuestra bandera en los albores de la independencia nacional, y en la heroica defensa contra el invasor extranjero.

La competencia fluvial

Después de la compra de las Mensajerías Fluviales del Plata por la Empresa de Mihanovich, quedó ésta como soberana del Río de la Plata y



del Uruguay, aprovechando esta circunstancia para aumentar fletes y pasajes, en vista de la falta de competencia. Esta no se hizo esperar, y organizada en Buenos Aires por la Empresa de Lambruschini y C.ª, hízose efectiva hace poco, poniéndose en la carrera, entre nuestro puerto y el vecino, á un veterano de los ríos, al vapor *Júpiter*, que ha sido remozado con grandes refacciones en el casco, cambio de calderas y aumento de comodidades en todas sus instalaciones. Con todo esto el buque ha quedado á la altura de los mejores y si bien no se notan en su interior las lujosas superfluidades de aquéllos, en cambio se encuentra un confort verdaderamente práctico: amplitud en los camarotes, grandes y hermosos salones, higiene y ventilación por todas partes. El *Júpiter* ha sido confiado á buenas manos. Su capitán señor Pedro Machado es al par que un excelente marino un cumplido y simpático caballero; el práctico señor Gerónimo Bregliani conoce el río á ojos cerrados y el 2.º comisario don Edelmiro Pintos es un amable compañero de viaje, para quien los pasajeros no tienen sino elogios. Esto hace que el trato abordo sea inmejorable y que los que viajan con frecuencia prefieran ese buque á cualquier otro, seguros de una travesía tan segura como agradable. El público debe protejer á esta nueva empresa que viene á facilitar los viajes con lo módico de sus precios y con las ventajas de otro orden que ofrece. Dentro de poco el *Júpiter* tendrá un compañero en el vapor *Colombia* que se está terminando de refaccionar.

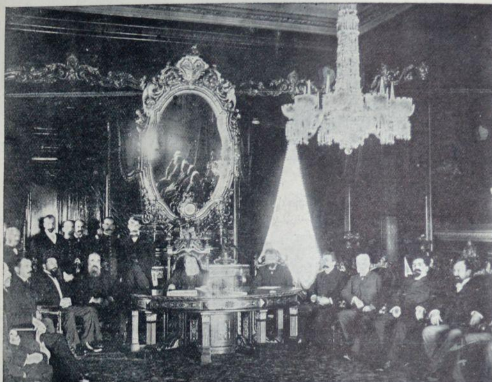


Ofrecemos una fotografía del buque, así como la vista de una lancha pescadora en momentos en que se acerca á su costado.

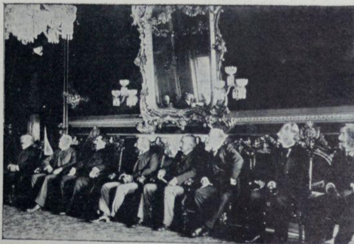

SONRISAS

El contrato del Puerto

Se pone en estos momentos término á una de las más importantes y trascendentales cuestiones agitadas en el país durante largos años—y que más alternativas ha sufrido, ya á consecuencia de pésimos gobiernos que nos han cabido en suerte, ya á causa de las desconfianzas que sus actos han provocado en el ánimo público:—el puerto de Montevideo. Al Gobierno del señor Juan Lindolfo Cuestas le ha cabido el honor de dar término á la gestión administrativa del asunto y á las Cámaras actuales el de prestarle su sanción legislativa como sello final que refrenda la laboriosa gestión tantas veces iniciada y otras tantas malograda por la avaricia mal comprimida de hombres rapaces, con dosis de audacia suficiente para amontonar fortunas cuyos intereses habían de ser descontados del porvenir del país. No se prejuzga, absolutamente, cuando así se piensa, por más que sea fuerza reconocer que en medio del libertinaje y los latrocinios de otras épocas, han surgido personalidades, (alguna de ellas perdida para siempre y muy llorada) que pusieron sin mácula todo su empeño é inteligencia en el adelanto de los estudios de la magna obra. En las páginas de esta revista puede considerarse bosquejada gráficamente toda la historia del asunto portuario, ya que es cierto que en ellas se han reproducido todas cuantas personas han intervenido

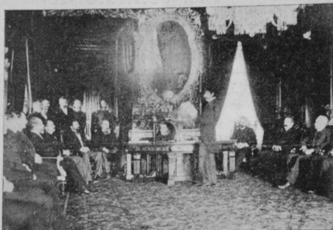


El Presidente de la República dirigiéndose á los concurrentes

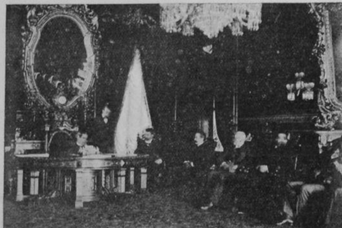


Un costado del salón

en él, técnica ó administrativamente, las vistas de nuestra bahía desde los tiempos primitivos á la fecha y los planos definitivos proyectados por el notable ingeniero Mr. Guerard. Corresponde, pues, en este número puesto de honor á los grabados que reproducen diversas escenas del acto importantísimo de la firma del contrato entre el Poder Ejecutivo y el ingeniero Mr. Dollffus, representante del grupo Allard, cuya propuesta mereció la aprobación de las Comisiones de Estudios nombradas por el Gobierno. El acto, como es sabido, se realizó en el salón de audiencias del Presidente de la República y á él concurrieron todos los secretarios de Estado, miembros de las Comisiones, el escribano de gobierno y hacienda, el presidente del Banco de la República y los demás testigos que las formalidades del contrato requerían.

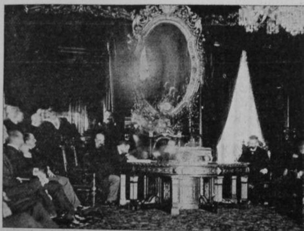


Lectura del contrato

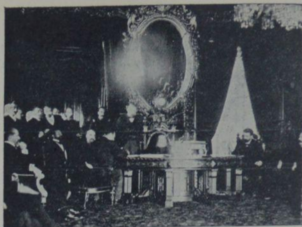


La firma presidencial

El señor Cuestas, justamente orgulloso de haber arribado á satisfactorios resultados y de poder ostentar para la historia de su gobierno tan hermosa página, dirigió á los asistentes una breve alocución, en que á la vez que hizo resaltar la importancia del acto, agradeció el concurso que á la realización de las obras del puerto han aportado así las comisiones de estudio, como los ingenieros proyectistas y proponentes. A estos últimos, como á las demás casas europeas, se les ha agradecido, además, su concurrencia á la licitación pública para la construcción de las obras, considerando que ese hecho abre nuevos y serios horizontes de crédito para la República — que, siempre á causa de las mismas circunstancias señaladas al principio, parecía estar considerada como insolvente y sólo propicia, en consecuencia, para negocios enormes y leoninos que fueran agotando las fuentes de su riqueza. El contrato firmado por el Poder Ejecutivo ha obtenido ya sanción de la Cámara de Representantes y posiblemente á la hora de cerrar estas líneas habrá el Senado seguido los mismos rumbos. Ojalá que la era de trabajo que van á inaugurar esas obras sea de venturosos auspicios; ojalá con ella pueda decirse que se inaugura también para la República la era de su bienestar económico y de su marcha hacia la grandeza que parece haberle sido deparada en el reparto de su priviligiado suelo. La ejecución de las obras portuarias se iniciará probablemente el 1.º de Marzo del corriente año, con la colocación de la piedra funda-



El Ministro de Fomento, firmando el contrato



Mr. Dollfus, firmando el contrato

mental, celebrándose así el aniversario de la presidencia constitucional del señor Cuestas. Ese acto, como puede presumirse, será solemnizado popularmente. Son tantas las esperanzas que tiene en ellas cifradas el país, que bien puede solemnizar el acontecimiento, no obstante los pesimismos que de tiempo en tiempo invaden los ánimos, á causa tal vez de exagerada propaganda. Aun en el peor de los casos, mirada la cuestión del punto de vista menos halagador, habría siempre que recibir con júbilo la nueva de que en la República quedaba abierta por algunos años una fuente más de labor en que han de emplearse centenares y aun miles de brazos ahora improductivos. La gran obra debe, cuando menos, ser mirada como el punto inicial de otras que son también de aliento y que se consideran imperiosamente necesarias. La disertación, por lo demás, sobre esto, parece inútil. Se ha dado el primer paso: adelante!

Entre compinches

Mirá, ché, yo te viá dicir, perdonando que ti ataje tu palabra honrada: el primero que me vino con el cuento ese, fué Liandro, aquel muchacho ¿sabés? que supo ser cantor en la ruleta del *Bachicha*, que dicía que l'había visto á ella batiendo con-un endivido alto, más bien rubio que moreno, muy bien empilchau. Dicía que la vido una nochecita cuando ella salía de la fábrica; el endivido ese la estaba esperando en la esquina, se liapario y siguieron charlando y manotiando. Liandro dice que él los vido y que la conoció bien á ella; pero andá vos á acreditar lo que dice ese, qu'es más grupista!...

Total, que áhura la cosa se ha desparramau, que Angelito le silbó la del espiante y la muchacha, suponete vos, está furiosa comigo porque dice que yo fuí el del reportaje; y los hermanos, ¿sabés? áquellos dos boc'abiertas vinieron á pedirme uua satifación, diciendome que yo tenía que hacerles bueno eso de que la hermana solfiaba con-otro cuando salía de la fábrica.

—Y vos que les dijistes?

—Que les-iba á dicir? que me dejaran á mi de músicas y de historias, que yo no mi había metido en nada ni quería saber de nada; pero el mayor, qu'es el más turro, salió con-el domingo siete de que todo eso ¿sabés? tenía qué ponerse en limpio, por que la hermana está perdiendo —¡fijáte vos, la hermana perdiendo! —y qu'él novio qu'és un mozo bien la dejó por esas cosas, y que yo soy el culpa de todo.

Lo bueno, hermano, que á vos te costa saber en lo que yo m'he metido y lo qu'he dicho... y conocés bien á la fulana, no di áhura sinó dende mucho tiempo atrás y sabés que ficha és. Y sinó acordate de lo que contaba Ilifonso, di aquella noche que la siguió cuando iba con-el novio aquel que tenía, que dispués se fué pa Guenos Aires ¿no ti acordás?

—Y como no me viá-cordar, hermano, si me vino á buscar á mi á la pulpería y salimos á palpitarlos y no los encontramos!...

—Es cierto!... bueno, pues los hermanos, che, se cren qu'es un tesoro la hermana, y andan, como te digo, embromando la pacencia con qu'éso no puede quedar así y ellos lo van á sacar en limpio, pa saber quien fué el primero que dijo que la fulana batía con-otro á-la salida de la fábrica, —y qu'el que haiga sido lo van á mandar al taico... Y ella tamién, si vos la vieras ponderarse y desajerar á los demás diciendo qu'és por pura envidia que le tienen que-le levantan esos falsos!

Pero lo que más risa me dá es los hermanos, que vos sabés que son unos otarios, que nunca si han ocupado en vigilar lo qui hacían las hermanas, verlos áhura echándoselas de grandes y de muy delicaus.

Fijáte que siete pá-un diecisiete!...

Cuando todos saben que las hermanas los volvían locos á gritos cuando querían meterse en las cosas d'ellas, y la vieja los insultaba y los echaba á la calle diciendolés que allí no comandaban nada.

—Pero, mirá, si á mi me vinieron tamien con-esos grupos y yo les dije que á mi no me metieran en nada, que mi nombre, hasta la hora presente estaba muy bien anotau, y no quería andar en danzas.

—Pues comigo, ché, van á embromar un kilo y si miandan jorobando mucho agarro y les digo á los hermanos que lámparas son tanto la Rosa como la Ma-



nuela, y si no les gusta el punto que les viá cantar, se veremos las caras como hombres.

Por qui-ultimamente, ellos son de la misma calaña, con más paradas qui-un tren y más falsos que mirada é visco.

—Pucha que les vas á decir novedá!... como si ellos no lo supieran lo que son las hermanas! Por más mistos que sean, ché...

—No te digo... plantita é trigo!... Pues si yo l'hubiera sabido antes, ché, tamién se divierto yo.

Agapito Quincoces.

Una boda

Ha sido la nota social de la semana, la boda del ingeniero argentino don Miguel Estrada con nuestra distinguida compatriota Blanca Requena y García, boda efectuada el miércoles.


Ing. Miguel Estrada

Rojo y Blanco tiene especial agrado en inaugurar con los retratos de esa gentil pareja la sección que dedicará, en adelante, á uno de los más simpáticos sucesos de sociedad.

Se unen en el nuevo matrimonio, la belleza, las virtudes domésticas y las mejores prendas sociales, con la inteligencia, la laboriosidad y el carácter más excelente.


Blanca Requena y García

Montevideo puede ahora mirarlos como huéspedes, pues van á fijar su residencia en Buenos Aires.

Toca al amor que ha unido las almas encender en el nuevo hogar una felicidad que deseamos sea eterna.

El doctor Zorrilla de San Martín



El ilustre autor de la *Leyenda Patria*, dedicado activamente á la defensa y difusión de sus ideales religiosos, acaba de regresar de los departamentos del Este, adonde fué llamado por sus correligionarios para tomar parte en reuniones de propaganda, y fué objeto de entusiastas manifestaciones.

Es de la mayor oportunidad, por tanto, la instantánea que nos remite un apreciable colaborador y que representa al doctor Zorrilla de San Martín hablando y en uno de sus momentos oratorios más característicos.

Figuran en el auditorio un obispo, uno de los prohombres del catolicismo nacional, distinguidos miembros del clero y un grupo de gente humilde que oye con admirable atención las palabras que se adivinan sonoras y cálidas, llevando á los oídos la música halagadora de la voz y á los corazones el encanto de celestiales promesas y fervientes vaticinios felices...

Los bomberos

La actividad de nuestros bomberos es hoy proverbial; la han adquirido á mérito de estrepitosas



correrías por nuestras calles, llevando á su frente al temerario comandante Bañales, su jefe. Parecería que no hay distancia para ellos; en dos, tres minutos á lo sumo, han recorrido la distancia entre el cuartel y el sitio de un siniestro. Suena luego el clarín y comienzan las maniobras, y si rápidos son en acudir, rápidos son también en maniobrar; el fuego cede lentamente al choque potente de la enorme masa de agua y entre la humareda todavía rojiza ven los curiosos á los bravos bomberos que surjen como raras visiones de enorme talla. Esta instantánea fué tomada en el momento de ponerse en marcha los bomberos para acudir á uno de los incendios producidos en los primeros días de la semana en los alrededores de la ciudad. Los curiosos que los contemplan pueden bien pensar en que desde que hay cuerpo de bomberos son menos fáciles los fuegos rápidos y liquidadores!



La invención de la sección periodística que lleva este título, y que hoy no hay diario que se estime, en ambas márgenes del Plata, que no le conceda una ó dos columnitas de preferencia, se debe á un apreciable compatriota, antiguo miembro de la redacción de nuestro colega *La Razón*, y hoy redactor de uno de los más importantes diarios de Buenos Aires, el señor Alfredo Duhau, autor, entre otras cosas, de un drama titulado «Eugenia Blancard» de cuya representación y éxito extraordinario dieron cuenta los periódicos de la época.

Pues sí, señores; hecha esta reminiscencia histórica, por lo que ella redunda en beneficio de nuestra gloria periodística nacional, agregaremos que la invención obtuvo un éxito extraordinario, que hasta hoy subsiste, aumentando la venta de diarios en relación al número de personas de uno y otro sexo que por cualquier motivo se citan en la *vida social*.



Podrá ser una debilidad; pero es un hecho innegable que hay mucha gente que compra el diario por el solo placer de admirar su nombre en letras de molde.

Y no sólo se ha hecho un uso inmoderado de las informaciones en la *vida social*, sino que se ha llegado hasta el abuso, pues hasta los asuntos más íntimos salen allí á relucir como la cosa más natural del mundo.

Para solaz de nuestros lectores damos á continuación algunos *specimen* de la sección *Vida social* de nuestros más importantes diarios. Son todos de la misma fecha:

«Ayer fué día de moda en los Pocitos. La concurrencia era enorme y distinguidísima. Se encontraban allí las familias de Mas, de Mes, de Mis, de Mos, de Mus y etcétera, etcétera.»

«Resultó todo un exitazo la función de anoche en Solís. Concurrencia inmensa y selecta. Entre otras se encontraban las familias de Mas, de Mes, de Mis, de Mos y de Mus, etcétera.»

«Se celebró ayer la boda de la espiritual y distinguida señorita de Mas, con el apreciable caballero señor Mes. Los novios fueron muy obsequiados. (Aquí la lista de los regalos.) Hicieron acto de presencia en la ceremonia, á la que siguió un gran baile, las distinguidas familias de Mas, de Mes, de Mis, de Mos y de Mus, etcétera.»

«En el Prado... Estaban las familias de Mas, de Mes, de Mis... etcétera.»

«En las carreras... Notamos á las distinguidas familias de Mas, de Mes... y otra vez etcétera.»

Y así sigue lo mismo, por variar.

Podrá en algunos de esos bateos faltar la familia de Mas ó la de Menos, pero siempre se encontrarán las de Mis, ó las de Mos y las de Mus, ó viceversa.

También es de práctica citar los nombres de los jóvenes *lyons* concurrentes á todos esos espectáculos, nombres que también son siempre los mismos y todos igualmente distinguidos, como los jóvenes Tras y Tres y Tris y Tros y Trus.

El joven Tres ó Tris suele ser el cronista autor de la *vida social*, que no citará su nombre en primer término, pero que lo hará seguramente en segundo ó tercero.

Mucho tendríamos que decir sobre este interesante tema, pero la falta de espacio y de tiempo nos lo impide.

Sólo agregaremos para finalizar que, cansados algunos cronistas de tanto repetir los nombres de las familias concurrentes á todos los espectáculos, suelen descolgarse con alguna noticia tan interesante y trascendental como la siguiente:

«Ayer se unieron con los indisolubles lazos del himeneo, la distinguida señorita Fulana de Tal, una de las más preciadas flores del verjel de Punta de Carretas, con el distinguido joven Zutano de Cual, el más conocido *dandy* de los salones del Peñarol.»

Y por hoy basta. — Hasta otra vez.

Modesto Pequeño.

En el Hipódromo

El mal tiempo del domingo pasado no impidió que se realizara la fiesta hípica organizada por el Jockey Club para celebrar la aceptación de la propuesta para la construcción del puerto de Montevideo. La lluvia no arredró ni á los sportsman ni á las familias, y el palco del Hipódromo presentaba el más brillante aspecto, aun bajo la tormentosa decoración del cielo. No hubo paseo por la *pelouse*, convertida en un barrial, pero en cambio se pudieron admirar en el palco, en primer término, los más deliciosos grupos de nuestras niñas más bonitas.



Grupo de damas

Las carreras que más llamaron la atención fueron la 2.ª, 3.ª, 4.ª, 6.ª (Gentlemen Riders) y la de ciclistas. En la 2.ª el triunfo correspondió á Reyezuelo y en la 3.ª á Aurore. De los dos animales ofrecemos el retrato. La cuarta proporcionó algunas emociones, pues en ella tomaban parte caballos de aquí y porteños. Tersipcore la ganó fácilmente. En la de Gentlemen Riders triunfó el caballo Maceo que manejaba el joven Stanton Hill.

El campeonato ciclista fué, lo mismo que el desfile de los clubs por la pista, uno de los números más interesantes. Lo ganó el corredor José María Zamora, que obtuvo un nuevo triunfo para agregar á los muchos que ya ha conseguido. El desfile se efectuó capitaneado por el automóvil y fué bien lucido.



Reyezuelo.—Ganador de la 2.ª carrera



Aurore.—Ganadora de la 3.er carrera

Nuevas felicitaciones mereció el Jockey Club por este nuevo éxito, que de seguro ha de reproducirse en mayor escala, ya que la animación crece día á día. Por de pronto hoy se efectúa una nueva fiesta, que hará digno *pendant* con la anterior en los anales del Club y que resultará una reunión social brillantísima.



José María Zamora



Los ciclistas